

## CONSEJO DE REDACCIÓN

Luis Baliña, Alberto Bellucci, Ludovico Videla, Alberto Espezel, Rafael Sassot, Rebeca Obligado, Carlos Hoevel, Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Jorge Saltor (Tucumán), Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Cristina Corti Maderna, Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, M. France Begué, Jorge Scampini o.p., Isabel Pincemin, Augusto Zampini, Andrés Di Ció, Adolfo Mazzinghi, Matías Barboza, Luisa Zorraquin de Marcos, Agustín Podestá, Ignacio Díaz.

## COMITÉ DE REDACCIÓN

Dr. Luis Baliña, Prof. Carola Blaquier, † Mons. Eugenio Guasta, Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, Dr. Florian Pitschl (Brixen)

Director y editor responsable: Pbro. Dr. Andrés Di Ció

Vicedirector: Dr. Francisco Bastitta Harriet

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

# COMMUNIO

Editorial	3
Francisco Leocata   <b>Límite y libertad.</b> Consideraciones sobre una tesis de Hegel y la actualidad	6
Jan-Heiner Tück   <b>Enlazado en libertad. Odiseo en el mástil</b> como modelo para el Homo viator	16
Luis Jorge   <b>Límites, adultez y temporalidad.</b> Acerca de la importancia del rol adulto para la puesta de límites	32
<b>PERSPECTIVAS:</b>	
Joseph Ratzinger – Benedicto XVI   <b>Dones y llamado sin remordimiento</b>	40
Alberto Espezel   <b>¿Aun hoy el pecado original?</b>	62
Hanna-Barbara Gerl-Falkovitz   <b>“La incomprendibilidad</b> de Dios llega al corazón”	74

## “La incomprendibilidad de Dios llega al corazón”

*La Teología del corazón de Guardini*

Con motivo del cincuentenario de su muerte, el 1° de octubre de 2018

—

Hanna-Barbara Gerl-Falkovitz\*

“Corazón es espíritu cercano a la sangre”.<sup>1</sup> Esta frase, pronunciada alguna vez por Romano Guardini, resume de manera sintética y lúcida —como tantas de sus palabras— una “Teología del corazón” que no ha sido formulada de otro modo en el siglo XX. Más precisamente: “Corazón no es expresión de lo emocional como contrapuesto a lo racional; no es sentimiento opuesto al intelecto; no es «alma» como opuesto al «espíritu». Corazón es el espíritu que se eleva a partir de la sangre, que hace que se sienta cálido, pero al mismo tiempo se eleva con claridad de perspectiva, en la lucidez de la figura, en la precisión del juicio.”<sup>2</sup>

Son oraciones como éstas, inusuales en cuanto a lenguaje y forma, sostenidas por el peso de una vida larga y por cierto controvertida, las que hacen de Guardini un maestro de al menos dos generaciones previas al Concilio, aunque también más allá del mismo. El 1° de octubre de 2018 se cumplen cincuenta años de la muerte del teólogo y filósofo, del educador y *Praeceptors Germaniae* (como lo llamó el Abad Hugo Lang). Normalmente, dichos días conmemorativos tienen un carácter mayormente “de museo”. Pero desde hace algunos años puede observarse un redescubrimiento de Guardini, no sólo por parte del Papa Emérito Benedicto XVI, como “regalo del siglo”, sino también ahora en Italia, donde se va rompiendo el manto de silencio que se tendió sobre él incluso antes de su muerte, en el ominoso año de 1968.

¿Quién fue Guardini? Arriesguemos una caracterización audaz: “Él es un pensador de linaje agustiniano, del tipo que combina la metafísica con un conocimiento profundo del alma. Al mismo tiempo, un humanista, de una fina cultura del lenguaje. Y un educador con un tipo de grandeza que educa con mínimo esfuerzo: a través de lo que es, a través del ambiente que crea y de un amor que da testimonio de la vida y que vibra a partir de una belleza

---

\* Hanna-Barbara Gerl-Falkovitz, nacida en 1945, es profesora emérita de Filosofía de la Religión en la Universidad Técnica de Dresden y co-editora de esta revista.

<sup>1</sup> Mensaje de Katharina Röchter, Bergrothenfels, a la autora

<sup>2</sup> Romano Guardini, *Christliches Bewußtsein. Versuche über Pascal*, München,<sup>3</sup> 1956, 186f.

tranquila. Ha sido aún más: un *confessor*, que lidera una gran batalla con una fortaleza insuperable, pero totalmente silenciosa.”<sup>3</sup>

Esta caracterización es audaz porque fue escrita por Guardini mismo en 1924 con respecto al gran escolástico Anselmo de Canterbury; pero lo que él dice allí sobre su maestro puede aplicársele sin dificultad a él mismo. Desde la publicación póstuma de los *Apuntes para una autobiografía*, sabemos de la infancia extrañamente sombría en la casa paterna, en el barrio de Gonsenheim en Maguncia, a la que la familia de comerciantes se trasladó en 1886 con el pequeño niño de un año, nacido el 17 de febrero de 1885 en Verona, permaneciendo allí por casi 35 años. Aunque en la casa paterna se usaba prácticamente sólo la lengua y la cultura italiana, el hijo mayor creció imbuido de la lengua y la manera de pensar de Alemania. Sólo pudo superar esta tensión y llevarla en sí mismo a un equilibrio a través del concepto integrador de Europa. Y en tanto europeo enseñó a la juventud alemana en las Universidades de Berlín (1923-1939), Tubinga (1945-1948) y Munich (1948-1962), pero también con éxito no menor en el castillo medieval usado para el encuentro y la educación de jóvenes de Quickborn, en Rothenfels, junto al río Meno, que aún hoy lleva su sello en cuanto a lo edilicio. A partir de Guardini, la “cosmovisión católica” tiene un peso particular, ya que ubicó a grandes figuras del mundo occidental bajo la medida de Cristo: Sócrates, San Agustín (“... ¿cuánto tarda una existencia en volverse cristiana?”), Dante, Shakespeare, Pascal, Hölderlin, Kierkegaard, Dostojewski, Nietzsche, Rilke.

Quien haya escuchado a este gran maestro del cristianismo del siglo XX, de habla alemana, recordará su modo de hablar “erasmico”, suave, concentrado, el desarrollo equilibrado de los temas, el cauteloso modo de abrirles los ojos a sus oyentes. Pero “suave” no significa “desapasionado”. Una de las características más convincentes de este profesor de “Filosofía de la religión y cosmovisión cristiana” era que en sus explicaciones y aclaraciones acerca de la existencia se escondía, para quien escuchaba atentamente, algo tácito y vibrante. Victor von Weizsäcker, un oyente de Berlín, dijo que Guardini debía “siempre apretar a un hereje contra su pecho y luchar con él”.<sup>4</sup> “Terremoto secreto”, “lucha con preguntas sin respuesta”, “silenciamiento de los

---

<sup>3</sup> Romano Guardini, *Heilige Gestalt. Von Büchern und mehr als von Büchern*, in: Die Schildgenossen 4 (1924), 256-272, aquí: 259

<sup>4</sup> Victor von Weizsäcker, *Begegnungen und Entscheidungen*, Stuttgart, 1949, 33.

abismos que deben ser superados día tras día” —así se refiere Reinhold Schneider en noviembre de 1952 al estado de ánimo de Guardini.<sup>5</sup>

Guardini luchó con la angustia que moviliza a su generación y a la generación actual: con la pregunta acerca del hombre y su predisposición hacia lo bueno, con la angustia de la decisión en medio de lo indescifrable, en la confusión de las razones. Tampoco el anclaje en lo cristiano responde a esta angustia de modo simple e inequívoco. Hay demasiadas alternativas que aparecen ante una decisión, y es fácil pasar por alto la voz de Dios. La dificultad reside en el hecho de que el hombre es un misterio para él mismo y para los otros hombres; pero cuánto incomprendible es Dios ... y permance incomprendible. “Acertijos y problemas están allí para ser resueltos; luego, no existen más. Aquí no hay acertijo, sino misterio. Misterio, empero, es exceso de verdad; una verdad que es más grande que nuestra fuerza”.<sup>6</sup> Lo que más provoca es la incomprendibilidad de Dios: ésta “llega a nuestro corazón”<sup>7</sup> —con dolor y santidad. La entrega de libertad al hombre forma parte de esta incomprendibilidad, incluyendo la libertad de fracasar, de errar, de resistirse a Dios.

El corazón alberga la capacidad asombrosa de salir de sí mismo hacia el bien o el mal. Dicho de otro modo: se puede decidir —a favor o en contra de algo, y así también, al mismo tiempo, a favor o contra de sí mismo, o más precisamente: a favor o en contra del propio origen. Y el hecho de que Dios permita esto constituye, desde este lado de nuestra existencia, un misterio. ¿O es posible que se haga la luz en esta oscuridad?

### **Lucha incomprendible con Dios: la interpretación de la lucha de Jacob**

¿Por qué Dios Creador se ha —podría decirse— animado a poner en manos de su creatura el peligroso instrumento del libre albedrío? En un pasaje remoto, Guardini intentó una interpretación maravillosa acerca de esta pregunta que desemboca en un bosquejo a grandes rasgos de una interpretación del hombre. Guardini desarrolla la interpretación a partir de la lucha de Jacob con Dios.<sup>8</sup>

---

<sup>5</sup> La carta es la respuesta de Schneider a una carta de Guardini que se ha perdido. Compartido por Felix Messerschmid en *Person und Bildung. Gibt es eine Erbe Romano Guardinis?*, Rothenfelser Schriften, diciembre de 1978, 39.

<sup>6</sup> Romano Guardini, *Der Anfang aller Dinge. Meditationen über Genesis*, capítulos I-III, Würzburg, 1961, 17.

<sup>7</sup> Romano Guardini, *Der Herr* (1937), Würzburg <sup>2</sup>1938, 148.

<sup>8</sup> Romano Guardini, *La lucha de Jacob con Dios*, en: *Werkhefte junger Katholiken* 1, 8 (1932), 1 ss.

Esta lucha, en el capítulo 32 del Génesis, revela una relación misteriosa que dice poco en términos de comprensión inmediata. Sin embargo, el texto deja una marca duradera: también ha dejado una marca duradera hasta nuestros días en el nombre de “Israel” (= contendiente con Dios). Todos somos hijos de Jacob en cuanto a la descendencia espiritual, hijos de la elección: todos tenemos nuestro origen en la lucha de nuestro antepasado y hemos sido bendecidos con él. La lucha de Jacob no es un relato acerca de algo sucedido hace mucho, en un tiempo remoto, sino acerca de cómo es la huella permanente en la estirpe de los contendientes con Dios, el sello bajo el cual se alinean todos los futuros descendientes. Esta historia es acontecimiento que se prolonga en el tiempo; es válida para toda la casa de Jacob y por eso es bueno entender la fuerza del acontecimiento como el lineamiento bajo el cual los hijos de Jacob son enviados al futuro.

Descifremos con Guardini el relato: Jacob, el fugitivo que huye del hermano traicionado Esaú, retorna a su patria después de años en el extranjero. La bendición de su padre Issac se ha cumplido: mujeres, niños y rebaños ponen en evidencia la misericordia de Dios; hay riqueza en abundancia. Esaú, empero, que no ha olvidado la traición, se desplaza hacia él; y Jacob, permaneciendo en la seguridad de la orilla, presiente la lucha y teme. Allí se demostrará si la bendición visible continúa o si Jacob será derrotado. Sin embargo, en lugar del hermano, que lo evita, aparece de repente, como si surgiera de la tierra, un desconocido que lucha con él: ¿un ángel, un mensajero? ¿O Dios mismo? Pertenece a la singularidad de este desconocido que esta pregunta no se cierre, ni siquiera al final.

La lucha es extraña: “una mezcla oscura de supremacía y debilidad al mismo tiempo”.<sup>9</sup> Luego de la noche interminable vence Jacob, pero renguea, ya que el otro ha demostrado sin mayor esfuerzo su supremacía: le alcanzó con tocar a Jacob. Pero también a la inversa: Jacob renguea, pero ha triunfado, ya que el poderoso desconocido se muestra al final vencido. Sale el sol, y Jacob lleva un nuevo nombre. Con él recibe una nueva razón de ser por la cual vencerá una segunda vez a su hermano —esta vez legítimamente—, por medio de la reconciliación.

Según Guardini, Jacob es una de las grandes figuras en el camino de la salvación, un hombre de la fuerza y la astucia. Se ve envuelto en el misterio de Dios, en la cercanía de Dios, que difícilmente puede ser superada con éxito, y es marcado por ese misterio. Él es el fundador de una estirpe real y rengueante que continúa hasta nuestros días.

---

<sup>9</sup> Ídem, 2.

¿Se puede luchar realmente con Dios? ¿Existe verdaderamente una decisión a favor o en contra de Él? Guardini ve en la tradición bíblica dos cosas: ella conoce a Dios como Aquél a quien nadie se le puede resistir. Pero también lo conoce como Aquél que puede retraer su inmensidad. El soberano aparece rogando, por ejemplo en Nazaret; aparece en dimensión humana, se deja interrogar y responde. En la historia de Jacob se combinan ambos aspectos: es el irresistible y el que puede ser vencido. ¿Qué significa el hecho de que Dios vaya a la lucha o envíe a su mensajero a luchar, que en la lucha triunfe, pero sin embargo no triunfe? Según Guardini, Dios quiere evidentemente que el hombre luche con él, sí, incluso —de manera misteriosa— que el hombre lo derrote. Aquí Guardini hace una declaración maravillosa acerca de Dios y del hombre: Dios quiere ver luchar al hombre, precisamente porque lo ha creado a su imagen. También eso forma parte de la imagen de Dios: no haber sido creado como marioneta y receptor de órdenes, con quien Dios la tendría fácil, sino vivir como un ser libre y fuerte, y como tal, crear, dar forma a aquello que le permite vivir. Aquí reside el desafío maravilloso de la decisión: el Amor quiere que uno luche con él, que uno luche a fin de aclarar la propia vida, que uno se abra a Dios mientras lucha con todas las preguntas. Es un amor que no quiere al hombre sólo como un niño. Claro que existe la existencia infantil que es cercana a Dios y a la cual Él se manifiesta de manera pura y acabada. Así debemos imaginarnos a los niños que mueren a una edad temprana. Según Guardini, en estos casos Dios completa de alguna forma la trayectoria de vida, o una vida tal es vivida y cosechada como una ofrenda pura. Pero la existencia normal no conoce esta forma de la ofrenda y consumación tempranas. Su normalidad se compone de encuentros con obstáculos, inconvenientes, equivocaciones —también en el propio corazón. La naturaleza que le ha sido regalada debe ser dominada, como también debe afrontar el trato con amigos y oponentes, lo que por un lado causa cansancio, pero por el otro suscita una fuerza que de otro modo quedaría contenida. La historia de Jacob muestra que en los momentos difíciles —en un primer momento se espera sólo al hermano y enemigo Esaú— hay otro que se nos aparece o salta encima: un ser misterioso, que no descubre su rostro. Y que demuestra poder: si él así lo quisiera, seríamos derrotados; pero él muestra también la posibilidad de ser vencido. Si quisiéramos, podríamos luchar toda una noche y pedirle su bendición. Este entrelazamiento de desafío y bendición, de resistencia y victoria, de la noche y finalmente del amanecer, es un mensaje acerca de la esencia de Dios y de la esencia del elegido. Lo que llega como contratiempo y aparente destrucción, llega luego —cuando se ha luchado la buena lucha— como bendición. El poder de Dios no se hace presente como destrucción. Este poder reclama un máximo de fortaleza, un

*optimum virtutis*, pero no abrume. En la forma de la resistencia, el poder quiere ser entendido como amor.

Esto nos sirve de aliento en la noche de la lucha, para aguantar, como Jacob, hasta que salga el sol. Ya se ha luchado por todo, en la lucha contra él, con él. “Su pensamiento creador: eso es mi comienzo [...] Las raíces de mi ser radican en el misterio bendito de que Dios ha querido que yo sea”.<sup>10</sup>

Y es justamente así como Él desafía a los hombres a la “aceptación de sí mismo”, a la aceptación también de un crecimiento superador, a la aceptación de la lucha con su origen. Guardini ve el hecho de que el hombre no esté condenado a un automatismo, sino que pueda elegir libremente y pueda recurrir a su propia fortaleza, como una de las gracias más formidables relativas a la imagen de Dios.

### **Conciencia: el lugar de la “lucha de Jacob”**

Es cierto que sólo raras veces nos encontramos directamente con Dios, raras veces marcha su mensajero directamente hacia nosotros. ¿Acaso no vivimos también en una época en la que se evita hablar de Dios? El lugar de la decisión, de la “lucha de Jacob” en el día a día, es más bien la conciencia. Guardini ve la “voz de la conciencia” justamente no como algo separado del hombre, que viene “desde afuera”, como algo extraño, sino como un llamado interno para el propio acto libre, para la decisión en la bifurcación del camino. El verdadero llamado es también aquí un “ser alcanzado por el oponente”,<sup>11</sup> pero en el sentido de una respuesta libre. Es justamente la conciencia la que orienta hacia un encuentro: por un lado es un órgano que oye, receptivo, que pone atención en un habla distinta de sí mismo; por otro lado, es un órgano ejecutor, creador. De este modo, Guardini presenta una visión hasta entonces oculta: es el primero en pensar la conciencia de modo expreso en conjunción con *el tiempo y la historia*. Pues junto con el conocimiento de lo bueno, que se deja percibir, se alza a la vez lo propio, la responsabilidad que es determinante en el concepto de persona: ser llamado y exhortado, de manera irremplazable, a ser. Justamente de ello se desprende la importancia de la historia, que en Guardini encierra siempre una tarea de participar en lo que acontece y no siempre queda libre de los daños que resultan de dicho acontecer: “La conciencia es el órgano con el cual la exhortación externa al bien es interpretada a partir de los acontecimientos concre-

---

<sup>10</sup> Guardini, *Der Anfang* (véase nota 6), 17.

<sup>11</sup> Romano Guardini, *Ethik. Vorlesungen an der Universität München*, edit. Por Hans Mercker, Maguncia 1993, tomo I, capítulo 3: *La conciencia*, 99

tos, siempre de manera nueva; con la cual se reconoce una y otra vez de qué manera el bien eterno-infinito debe ser afrontado en la particularidad del tiempo. Se trata al mismo tiempo de un obedecer y un crear de nuevo [...] algo creador. Una intuición y una concreción de algo que aún no existía. Una modelación del bien eterno en el tiempo que fluye. Una modelación, por así decirlo, de lo infinito-simple en la configuración del acto limitado”. “De este modo, la conciencia es también el lugar en el cual lo eterno entra en el tiempo. Es el momento del nacimiento de la historia”.<sup>12</sup>

Junto a esta responsabilidad creadora aparece necesariamente la libre iniciativa; la conciencia actúa por la atracción que ejerce sobre ella lo bueno, no por necesidad ni por ser meramente impulsada. La conciencia es autora, y no causa de una acción.<sup>13</sup> “Para que la conciencia pueda verdaderamente hablar, el espacio interior de la libertad debe estar abierto; el que es llamado debe poder sentir su propio centro, ser dueño y señor de su fuerza primigenia”.<sup>14</sup> “Existir espiritualmente significa existir en libertad [...] La acción tiene su origen en mí. No soy sólo su lugar de transformación [...]. Al realizarla, me realizo yo mismo como principio incluido en mí mismo”.<sup>15</sup> Con ello, Guardini rechaza también orígenes funcionalistas de la conciencia que —como en Freud— parten causalmente de la utilidad social, de la renuncia a los instintos en favor de la cultura, de la necesidad de las normas sociales, o —como en Nietzsche— de la autodestrucción que obedece a un “instinto de rebaño” moral. Dichas normas subyacentes fallan en que no ven la conciencia entendida de modo personal: responsabilidad frente al bien y libertad fundamentada en el bien.

Para poder ser realmente un “contrario” que atrae, el bien requiere una mirada precisa. Guardini marca una distinción significativa: la era moderna separó el bien moral del bien santo, y ancló el concepto de moral exclusivamente en la razón. En Kant, la norma moral se convierte en norma racional. La crítica cultural de Guardini ve que, a partir de 1945, esta unidad postulada entre razón y norma moral ya no existe; pues es justamente el anclaje de lo moral en lo bueno-santo lo que permite hacer frente a los argumentos — bastante racionales, por cierto— de la utilidad, del bien común y de los intereses. Lo bueno no es “sólo una idea. No es un sentido que flota sin ubicación alguna. Es algo vivo [...] lo valioso del mismo Dios vivo [...] La valentía; la fidelidad; el honor; la bondad; la justicia; la templanza [...] en una palabra: «El bien», en su infinitud y absoluta simplicidad —eso es la santidad viva de

---

<sup>12</sup> Romano Guardini, *Das Gute, das Gewissen und die Sammlung*, Maguncia, 1929, 35, 41, 30.

<sup>13</sup> Guardini, *Ethik* (véase nota 11), 115.

<sup>14</sup> Ídem, 109.

<sup>15</sup> Ídem.

Dios, y nada más que eso”.<sup>16</sup> Sólo desde Dios, pensándolo en clave agustiniana, se eleva insobornable la decisión clara: “Sólo allí se aclaran mi mirada y mi juicio. Es precisamente allí que me vuelvo poderoso; lo más propio mío; mi nombre, que se encuentra entre Dios y yo, y que cobra vida en cuanto «hago su voluntad» y «santifico su nombre». Este nombre esencial mío hace referencia a aquello que debo hacer, y lo hace inequívocamente algo mío. Es así que me convierto en una «personalidad» en el sentido más propio. Este misterio, en cuyo entramado [...] está Dios; y el bien, que proviene de Él; y yo, como yo y como aquél a quien Dios da un nombre —he aquí la interioridad de la conciencia”.<sup>17</sup> Uno llega a entenderse como persona a través de esta experiencia de valoración, de ser mirado, de ser llamado. La conciencia presiona hacia la mirada, la mirada del otro y el otro tan distinto. Es incluso, en primer lugar, no un “verse a sí mismo”, sino un intercambio de miradas, un “dejarse mirar”. Esto implica, sin embargo, una gran pureza de la mirada, que no esté opacada por la propia voluntad egoísta.

En 1924, Guardini dice sobre los hombres de “espíritu clásico” en una afirmación que se ha vuelto ella misma clásica: “Forma parte de ello en particular la manera en que ven el mundo, con una mirada totalmente abierta, que en realidad nunca «quiere» algo —que esto sea así, aquello de otra manera, que una tercera cosa no exista para nada. Esta mirada no le hace daño a nadie. Es que existe, por cierto, una violencia en la manera de mirar; una forma de cuadrar las cosas con los ojos, que elige, deja de lado, confirma y debilita. De este modo se le imponen al árbol que crece, al hombre que hace su camino, los acontecimientos de la existencia que parten de él, y cómo deberían ser para que quien mira encuentre su voluntad confirmada en dichos acontecimientos. La mirada a la que aquí me refiero tiene el respeto de dejar que las cosas sean lo son en sí mismas. Sí, esa mirada parece tener la claridad creadora en la cual las cosas pueden llegar a ser verdaderamente aquello que son, con una precisión y riqueza que de otro modo no les estaría destinada. Dicha mirada alienta todo hacia su mismo ser”.<sup>18</sup>

Aquí no se hace referencia sólo a la mirada del hombre hacia el mundo, sino también a la mirada de Dios hacia el hombre: no imperativa, salvo en lo imperativo del amor, sino liberadora, alentadora, apeladora. Así como el desconocido luchó con Jacob a la orilla del río, acosándolo, pero nunca venciendo, sino más bien concediéndole el triunfo, así también lucha Dios con el hombre en la conciencia: exigiéndole todo, pero sin sobrecargarlo.

---

<sup>16</sup> Guardini, *Das Gute* (véase nota 12), 46 ss.

<sup>17</sup> Ídem, 61 ss.

<sup>18</sup> Romano Guardini, *Von Goethe und Thomas von Aquin und vom klassischen Geist. Eine Erinnerung*, en: (del mismo autor) *In Spiegel und Gleichnis*, Maguncia, 1932, 21.

Aun quien dice no conocer a Dios debe luchar con él, en la conciencia, junto al vado de Yaboc. Pero también ahí encuentra Dios su “destino”. Esta expresión inusual requiere una explicación.

### **El precio de la redención: el destino de Dios en el hombre**

En la obra maestra *El Señor* (1937), la teología cristiana se vuelve lenguaje apasionado, brasa contemplativa. Guardini no diluye al Señor de modo racionalista, sino que muestra como los evangelistas y también San Pablo trazan una faceta diferente de esta figura inabarcable. Cristo se llena de sangre. Y Guardini desarrolla algo extraño: que Dios también encontró su destino en el hombre, y no sólo al revés.

“Tú nos has creado y nos has renovado de un modo aún más maravilloso”, dice —algo que ha sido mayormente ignorado— una oración de Misa. Entre creación y nueva creación, empero, está la “muerte de Dios”, el tormento extremo de la flagelación y de la traición de todos los discípulos, el puro desprecio. La nueva creación proviene del perdón. Perdonar es más difícil que crear.

“Sólo Dios puede crear, es cierto. Sin embargo [...] sólo el Dios que está «sobre Dios» puede perdonar. El término es necio, pero en su necedad dice algo correcto. ¡Cristo vino justamente para anunciar al «Dios sobre Dios»! No al «ser más alto», sino al Padre, oculto bajo la luz inaccesible y al que nadie, verdaderamente nadie, conocía antes de que el Hijo lo hubiera anunciado [...] El verdadero perdón está tanto más arriba del acto creador como lo está el amor sobre la justicia. Y si ya el acto creador, que hace que lo que no es sea, constituye un misterio impenetrable, así también toda mirada y toda medida humana quedan completamente al margen de lo que significa que Dios haga del pecador un hombre sin culpa. Es un acto creador que nace de la libertad plena del amor. En medio yace la muerte, la destrucción [...] [Esta] incomprendibilidad llega al corazón. Pero cuando el hombre tiene coraje respecto de sí mismo, tal como Dios lo ha creado, entonces no puede hacer otra cosa que querer, con naturalidad, aquello que resulta escandaloso. Las contradicciones recién comienzan cuando

el hombre se desprende de los parámetros verdaderos. Lo complicado no es lo alto, sino lo caído”.<sup>19</sup>

En este sentido, Guardini ve el “destino” de Dios en el hombre —y Él no lo quiere de otro modo.

Este pensamiento adopta enormes dimensiones. El mundo comenzó a existir por medio de Dios. Pero también el mundo se convirtió en destino para Dios. Aunque es Su obra, el mundo no le obedece. ¿En qué consiste su cerrazón? Esta pregunta acompañará al creyente en el claroscuro de los tiempos, en el claroscuro de su propio corazón. ¿Pertenece él al grupo de los que cierran o al de los que abren? ¿Qué aliento recorre los textos de Guardini! Extrañamente, en el hombre se decide el destino de Dios. Resulta imposible imaginar algo más apasionante.

### Otra vez: una Teología del corazón

Hasta aquí se ha hablado de la conciencia como lugar de la decisión. Sin embargo, Guardini señala con más frecuencia la realidad totalizante del corazón como el verdadero órgano del oír, del escuchar, de la clara elección —participa de la sangre del apasionamiento, pero sin embargo tiene la claridad que le otorga el espíritu. Claridad no significa nunca juicio desapasionado. Para Guardini, ella significa la decisión luminosa por el bien, ganada después de una lucha, que bien puede ser larga. En dicha claridad todavía se deja sentir el estremecimiento de la lucha: el corazón tiembla por lo vivido. En un comentario al margen, Guardini dice que “no es posible descender a un abismo más grande que aquél de la claridad de ciertas tardes”.<sup>20</sup> Este pensador precursor, este luchador pionero, ha transmitido en su teología que no hay abismo más grande que el de la claridad de Dios, respecto de la cual el corazón no sólo debe sino también quiere libremente decidir.

Resulta entonces admirable la resolución en Cristo, con plena confianza —un verdadero y gran logro, en particular dado que el mismo Guardini estaba embargado por la melancolía. La actitud que emociona en este gran maestro es la de un “optimismo interpelado”; ella ayuda a soportar los contrastes de la vida. La interpretación de Guardini acerca del “destino” de Dios y su incomprendible grandeza es conmovedora. Ella muestra la responsabilidad, la libertad muchas veces subestimada del hombre. Pero también muestra los movimientos de alegría, los avances rotundos de la gracia, incluso la felicidad que

---

<sup>19</sup> Guardini, *Der Herr* (véase nota 7), 147-149.

<sup>20</sup> Guardini, *Spiegel und Gleichnis* (véase la nota 18), 29.

renueva. Tanto la conmoción como la alegría provienen de lo que Guardini llama la “violencia de la grandeza” de Dios, “realidad ferviente”.<sup>21</sup>

De este modo, en la palabra “corazón” no se ve sólo romanticismo, sentimiento, misión irreflexiva, sino más bien se puede percibir en ella la profundidad de la decisión humana —a favor y en contra de Dios. Es “espíritu cercano a la sangre”. El corazón es el órgano con el cual el hombre responde a los impulsos de Dios, incluso aquellos que perturban o permanecen incomprendidos. El corazón es el lugar de las luchas y los sufrimientos (también a causa de Dios), es el lugar en el cual se descargan las tensiones inevitables.

¿Y el “corazón” de Dios? Puede ser que la fe, por el contrario, reconozca en el corazón de Dios el precio enorme por la existencia redimida y liberada. Dicho corazón se ha roto a causa del mundo, fue atravesado por una lanza, se desangró, la cicatriz es visible aún ahora, incluso en la gloria. Allí confluyen sangre y lágrimas. Su corazón cuelga en el matorral de espinas que es el mundo, unido a todo el sufrimiento, hermanado con todo el horror. Guardini lo llama la “seriedad del amor de Dios”.

“Así nos contentamos con una expresión, que es muy simple, pero que descubre a quien la medita una profundidad, una grandeza y un espanto que crecen continuamente: es la seriedad del amor de Dios. Su expresión última es la cruz de Cristo. Por eso la cruz es el símbolo por excelencia. Quien lo ataca, deja al mundo encerrado en la incomprendibilidad. Comprender esto último excedería las posibilidades del pensamiento humano; pero la comprensión será cristiana en la medida en que se acerque a ello. Experimentar esto último incendiaría el corazón; pero el corazón es cristiano en la medida en que alcanza el resplandor de sus ascuas”.<sup>22</sup>

Con el proceso de beatificación de Guardini, que comenzara el tercer domingo de adviento de 2017 en Munich, se le regala al cristianismo —entre otras riquezas— una nueva Teología del corazón. El corazón como lugar de la epifanía duradera y apasionada de Dios y de la lucha duradera y apasionada con Él.

---

<sup>21</sup> Ídem, 37.

<sup>22</sup> Romano Guardini, *Der Ernst von Gottes Liebe*, in: *Hochland* 40 (1947/48), 101–110, aquí: 110.